

porque jamás retroceden á los comienzos de la religion. Verdad es que en general tiene mucho en su favor el principio de que allí donde empiezan á flaquear las noticias históricas, debe tomarse siempre lo mas imperfecto y grosero por lo mas primitivo, pero justamente en el caso presente no puede aplicarse este principio con seguridad en todo. Así como es imposible imaginarse una colectividad humana sin ciertas formas y reglas admitidas, del mismo modo es imposible imaginar una comunidad humana sin que existan en ella usos religiosos admitidos por toda la comunidad; y así como en el estado que nos presentan las primeras noticias históricas no se manifiestan claramente todos los esfuerzos hechos para llegar á una organizacion política, sino que solo dejan ver los esfuerzos políticos que llegaron á preponderar en un momento dado, así tambien los usos religiosos nos revelan solo en parte la historia anterior de la religiosidad de tal pueblo. Aunque las opiniones é ideas individuales tuvieran parte en el origen de las costumbres, no nacieron estas sino de ideas religiosas tan preponderantes en su tiempo y en tal ó cual pueblo, que fueron admitidas y practicadas por toda una colectividad. En una palabra, lo que llamamos comunmente religion de un pueblo, ha sido ya en los estadios prehistóricos un producto de opiniones dominantes y de compromisos, representando así una herencia que un pueblo lleva en su desarrollo histórico de un período á otro; pero nunca se llevan todos los resultados de la religiosidad de un pueblo de una época á otra. Mucho menos todavía corresponden exactamente las tradiciones religiosas de un pueblo en el transcurso histórico á las diferentes fases de su desarrollo intelectual; por eso ha de resultar siempre defectuoso el conocimiento de la religion de un pueblo cuando falta toda noticia de su vida intelectual, y cuando se poseen únicamente documentos religiosos y hasta solamente noticias sueltas sobre usos y prácticas de culto; ya que lo que caracteriza mas una religion y facilita mas su conocimiento es la relacion que existe en tal religion entre los resultados mas elevados de la inteligencia del pueblo de que se trata y la tradicion religiosa admitida como ley, ora se trate de una religion fetichista, ó de animismo, ó basada en la veneracion de los antecesores, ó monoteísta, ó dualista, etc. Entre las religiones de pueblos de cuya historia se sabe algo, no hay ninguna que pueda clasificarse exactamente entre aquellas, porque no han existido nunca pueblos que se hayan compuesto siempre de individuos que se contentaran con la estúpida fe en la fuerza de un grosero fetiche ó de un remedio mágico, así como no ha existido hasta ahora pueblo alguno que haya adorado á Dios solo en espíritu y en verdad. Donde ha sido posible trazar el desarrollo histórico se ve siempre que desde el origen, en todos los pueblos, al lado de individuos de pobre inteligencia que se contentaban con las creencias mas absurdas, ha habido otros individuos que han tenido aptitud, inclinacion y algun móvil para reflexionar sobre problemas religiosos. Depende y siempre ha dependido de condiciones muy diferentes el determinar hasta dónde las meditaciones de los hombres de talento pueden influir en las ideas y actos religiosos de un pueblo; este es el resultado de la mayor ó menor facilidad para poner de acuerdo ó conciliar las especulaciones ó meditaciones de los genios privilegiados con los intereses materiales y nacionales, con las opiniones y costumbres corrientes y sobre todo con la aptitud intelectual y grado de civilizacion de la colectividad para reflexionar sobre problemas religiosos. Verdad es que en todo tiempo las convicciones religiosas de algunos han sido mas poderosas para comunicarse á la multitud, que todas las otras convicciones intelectuales; sin embargo, el horizonte del genio reflexivo no puede exceder de la suma de los impulsos que recibe del

medio intelectual en que vive y que pone límites á sus meditaciones. De ahí viene que las meditaciones religiosas mas elevadas no salgan por lo general del círculo de las opiniones dominantes y que sufran modificaciones al comunicarse á la colectividad, y si por fin se convierten en convicciones de la colectividad, continúan como ideas de cuya exactitud y verdad no se cuida la gran mayoría del pueblo. Solo en el curso de la historia se van sacando consecuencias lógicas, y aun en este caso es raro que se modifiquen costumbres existentes ó que se introduzcan nuevos objetos de veneracion. Para las personas que solo se cuidan de las necesidades y deseos de la vida comun, no es cosa inconcebible la idea de una divinidad suprema y superior á todo lo terrenal; pero en lugar de dirigirse á esta divinidad, se prefiere seguir la costumbre y se invoca al dios á quien han invocado otras generaciones ó se acude á actos ya autorizados por una larga práctica.

La religion del pueblo fenicio, lo mismo que otras religiones de pueblos semíticos que no se han purificado bajo la influencia de un génio distinguido, no llegó á una altura notable, si bien no puede negarse que esta religion ofrecia señales de un espíritu abstracto desde un principio, á pesar de tener muchas cosas rudas, imperfectas y hasta repugnantes. El organismo de las lenguas semíticas prueba que la índole de estos pueblos se inclina á abstraer, á sintetizar las cualidades de las cosas y el espíritu de los actos; por tanto, no es extraño que se manifieste tambien en el terreno religioso, al contrario, lo extraño sería que esta índole no se hubiese manifestado mas en la religion de los fenicios.

Los fenicios no tuvieron, sin embargo, una inclinacion especial á la vida contemplativa ni á profundizar problemas por medio de la meditacion. Su vida religiosa giró al rededor de intereses terrenales inmediatos y del logro de sus deseos y esperanzas materiales. De las cosas de mera fe y del descubrimiento de verdades eternas no se cuidaban, ni tampoco se entretenían en idealizar las cosas, á pesar de su aptitud para comprender pensamientos abstractos. Este pueblo creía en la existencia de innumerables poderes misteriosos, pero falto de fantasía, no se entretuvo á inventar para estos poderes formas humanas ni un trato íntimo con la humanidad. La conciencia de estar sometido á estos poderes misteriosos imprimía á su carácter una gravedad austera y siniestra; pero el fenicio, con el deseo de lograr lo que le interesaba, imploraba el auxilio de aquellos poderes; procuraba no irritarlos ni siquiera inconscientemente con alguna falta, ó si la cometía estaba dispuesto á hacer, antes que fuese tarde, la debida penitencia, para que no le alcanzara súbitamente el castigo ó la venganza. Para el fenicio aquellos poderes no tenían nada de bondadosos; eran variables, despóticos, vengativos, celosísimos de sus derechos, y solo protegían á aquellos que habían hecho absolutamente todo cuanto habían podido para ganar su buena voluntad. Por eso la religiosidad de los fenicios se manifestaba en actos de veneracion servil, si bien se puede admitir que no vivieron abrumados bajo este yugo, porque consideraban haber celebrado con los poderes invisibles una especie de pacto mercantil, y habiendo pagado lo que en su concepto debían, vivían tranquilos; pues si inquebrantable era su conviccion de la existencia de poderes superiores, no eran menos firmísima su fe en la eficacia del cumplimiento de las prescripciones religiosas, y su conviccion de que bastaba el cumplimiento de un número limitado de estos deberes religiosos para librarse de desgracias y hasta para obligar á los poderes superiores á concederles su proteccion. Esta fe llegó en ciertas épocas á un grado tan extremo, que el deseo de obligar en ciertos casos á los poderes invisibles á conceder lo que se les pedía,

se manifestó en ciertos individuos de un modo brutal y salvaje, como solo podia encontrarse en un pueblo que había quedado en el fondo en el estado de barbarie primitiva, á pesar de haberse apropiado de otras naciones infinitos progresos de su civilizacion material.

El primer resultado de la aptitud de los fenicios para comprender ideas abstractas fué la conviccion de la diferencia existente entre los seres vivos y los inorgánicos, diferencia que tanta extension adquirió en su religion. En esto como en todo lo demás solo podemos reconstruir las ideas de los fenicios de un modo hipotético, por los pocos datos en que podemos fundarnos. Desde luego puede admitirse con toda seguridad que desde un principio influyó mas que todo en las ideas religiosas de los fenicios la citada diferencia sacada de la observacion del mundo que les rodeaba, á pesar de ser esta diferencia puramente teórica. Como esta idea arranca del punto de vista del individuo humano, que tiene la conciencia interior de su individualidad y de su voluntad y poder enfrente del mundo inanimado, no ha podido dar lugar á que el hombre creyera que existía en la naturaleza la vida como simple procedimiento orgánico, por manera que todo cuanto les parecia tener vida, debía tener tambien la facultad de manifestarse como individualidad animada. Una de las sustancias que comunican vida á los hombres y animales, y que se propaga de generacion en generacion, fué para todos los pueblos semíticos y para muchos no semíticos, y por lo mismo para los fenicios, la sangre. En la sangre les pareció estar material y palpablemente la fuerza esencial y concreta de la vida, porque la experiencia diaria les enseñaba al matar un animal doméstico ó al cazar un animal del campo que con la sangre la vida abandonaba el cuerpo. Al propio tiempo los pueblos semíticos creyeron en un principio que, en el acto de la procreacion, la sangre del individuo procreador era la que pasaba al sér procreado y le daba vida, y que la leche de la madre consistía en realidad en su sangre. Esta idea materialista tan ruda condujo á muchísimos pueblos primitivos á inventar los sacrificios cruentos, á la creencia de que el sacrificio de víctimas era un medio de dar vida á las sombras de los difuntos y de que la sangre de los animales sacrificados era el alimento de los dioses. Así lo parecen indicar la costumbre de los árabes paganos de untar piedras sagradas con sangre de sacrificio, la de los fenicios de verter esta sangre como ofrenda delante de tales piedras sagradas y otras costumbres de este género; no porque aquellos pueblos se hubiesen propuesto comunicar á tales piedras la fuerza vital de la sangre, sino porque el sér divino ó incorpóreo que había elegido para morada suya la tal piedra estaba á su juicio sediento de sangre, ya que la sangre era la vida. Este sér incorpóreo no siempre se hallaba en el concepto de aquellos pueblos antiguos, dentro ó junto á aquella piedra, ni estaba siempre presente, ni siquiera cercano, pero la sangre servía de cebo para que acudiese, porque la necesitaba para su sustento, y á fuerza de repetir estos sacrificios se conseguía habituar á aquel sér divino á la piedra sagrada ó sea al altar, como el hombre acostumbra á sus animales domésticos al pesebre. Los sacerdotes de Baal se servían para cebo á veces de su propia sangre, segun se refiere en la Biblia al hablar del sacrificio que dispuso Elías en el monte Carmelo en el reinado de Acab. Aquellos sacerdotes, suplicando en vano á su dios que manifestara su presencia por medio de milagros, echaron mano «á su manera» de cuchillos y otros instrumentos, abriéndose la piel y haciendo chorrear la sangre de su cuerpo. A este recurso solo se recurría en casos extremos como era aquel y cuando los demás recursos no habían producido efecto, pues en el ejemplo citado se trataba de la vida de aquellos sacerdotes gentílicos si quedaban mal y

LOS FENICIOS

además de librar al país del hambre á causa de la prolongada sequía. En estos casos convenia excitar á la divinidad con el cebo de su elemento de vida, es decir, con la sangre viva, y sobre todo la sangre humana, para obligarla á ceder á los ruegos de los sacerdotes y del pueblo (1).

Sin embargo, en los pueblos semíticos, además de la idea de ofrecer en los sacrificios cruentos un presente apetecido por los seres incorpóreos, existía la idea de que los sacrificios correspondían de derecho á los seres incorpóreos y el no ofrecérselos era quitarles lo que les pertenecía. El hombre no tenía derecho á tomar á su antojo lo que necesitara para alimentarse, porque la carne de los animales domésticos ó de caza, las frutas y los productos del campo habían pertenecido ya á seres animados, ya eran producto de la fuerza vital, que se manifiesta tambien en los vegetales; y la vida no era resultado exclusivo de la fuerza vital de los seres animales ó vegetales, sino que existían poderes misteriosos que podían permitir ó impedir que se produjera y conservara. Cuando falta la lluvia en tiempo oportuno, se secan los sembrados, y los seres que viven de sustancias vegetales mueren de hambre, y si no dependiese la vida y su conservacion de la voluntad de poderes invisibles, habrían de aumentarse siempre por igual los rebaños, y no se explicaría que una planta decayese antes de producir fruto maduro; de donde se sigue que los seres invisibles tienen el poder de ahogar la fuerza vital en los gérmenes. Los pueblos semíticos, si bien reconocían este poder, no consideraban á los seres invisibles como enemigos de la vida, cuya pasion diabólica de destruccion era preciso apaciguar siempre; sino que creían que aquellos seres no podrían ejercer poder dañino si por otro lado no pudiesen fomentar y producir la vida. Para los semitas y otros pueblos, los seres invisibles podían mostrarse favorables ó adversos, productores ó destructores segun la disposicion de ánimo en que se hallaran. Es posible y aun probable que en un principio los semitas como otros pueblos creyeran en la existencia de seres invisibles exclusivamente maléficis, pero nunca les han tributado culto, porque para esto era ya demasiado elevada su idea de la omnipotencia de los seres á quienes consideraban como creadores de la naturaleza animada. A estos seres, pues, pertenece todo lo creado, sobre lo cual su poder es absoluto; por manera que si el hombre se apropia para su uso, ó para alimentarse, parte de lo que existe en virtud de aquellos seres, no debe hacerlo sin ofrecerles, en forma de ofrendas y de sacrificios, una parte; y como su derecho es preferente, les pertenecen las primicias de los seres animados y de los productos del campo.

En concepto de los antiguos, los seres creadores no produjeron lo que existe únicamente para facilitar á los hombres su alimento, sino que á pesar de su calidad incorpórea y de su manera de obrar, tenían la facultad de alimentarse tambien, aunque en formas determinadas. Han puesto, se creía, toda la abundancia de productos de su fuerza vivificante á disposicion de los hombres, á fin de que estos les ofrezcan, de la manera que mas agrada á dichos seres creadores, la parte que necesitan tambien para su alimento y que no pueden proporcionarse de otra manera.

El modo mas sencillo de poner á disposicion de los seres

(1) Al parecer usaron este recurso los sacerdotes sirios y los de otras divinidades en diferentes pueblos del Asia Menor, que solían hacerse incisiones en los brazos con cuchillos de doble filo y se flagelaban las espaldas hasta que saltaba la sangre. En los últimos tiempos del paganismo se había olvidado que la sangre vertida estaba consagrada en el origen directamente á la divinidad, para conseguir su presencia, y en el transcurso del tiempo llegó á ser considerado este acto como una penitencia piadosa y voluntaria, pero que tambien tenía por objeto atraer á la divinidad.

invisibles la parte que pretenden para sí, era dejándoles esta parte sin tocarla. Si en medio de un terreno estéril había un punto en el cual varios árboles y arbustos desplegaban una lozanía extraordinaria, se creía que aquel punto había sido escogido por un sér invisible para manifestar su poder, y entonces el hombre no se atrevía á turbar la vegetación, ni tampoco á molestar á los animales que en tales sitios vivían. Los antiguos veían particularmente estas manifestaciones de fuerzas creadoras de vida en los puntos elevados ó en llanos escasos de agua, donde crecían lozanos árboles aislados que por lo mismo eran considerados inviolables, contribuyendo á esta impresión muchas veces el hecho de atribuirse al tal árbol virtudes milagrosas, aunque no se distinguiese ni por su especie, ni por su belleza, ni por otra cualidad alguna.

Los medios que usaban los fenicios para agrandar á las divinidades suponen la convicción de que los séres invisibles se alimentaban de diferente manera, naturalmente mas elevada, que los hombres. Sus alimentos debían ser necesariamente la esencia de todo. Comían y bebían, pero no como los hombres, sino que absorbían solamente partes invisibles de los alimentos. Por esto les ofrecían por lo general sustancias que se volatilizan completamente ó que dejan solo un insignificante residuo; por esto vertían la sangre de los animales que cazaban, porque así se volatilizaba mas pronto y mas fácilmente en provecho de la divinidad, y por lo mismo se hacían las libaciones de vino y de agua. También unguían las piedras sagradas con aceite para ofrecer al sér invisible un regalo mas permanente, y el mismo objeto tuvo en su origen la ofrenda del holocausto sobre las piedras sagradas ó sea sobre los altares. Esta clase de ofrendas fué considerada como la mas eficaz, porque el simple aspecto del fuego que consume la ofrenda despertaba ya la idea de que la divinidad la aceptaba, lo que hizo preferir aquellos productos que al quemarse producían un olor en cierta manera nutritivo que debía regocijar mas á la divinidad. Por esto eran preferidas las grasas de las víctimas y también las resinas olorosas, el incienso costoso, cuyo olor inclinaba á la divinidad á asistir al sacrificio y á mostrarse favorable á los sacrificadores.

Se tenía la convicción de que todo lo consumido por la llama en un sacrificio había sido absorbido por la divinidad; y con arreglo á la idea de que todo lo que vive tiene una especie de alma, se creía que el fuego del sacrificio consumía también el alma ó la fuerza vital de la ofrenda. De ahí vino que el que creía haber ofendido á la divinidad sacrificaba en sustitución de su propia vida un animal; y por lo mismo se llegó á pensar en la necesidad de hacer ó prometer ofrendas en situaciones que parecían dar á determinadas divinidades un poder especial. Hasta en los sacrificios hechos en acción de gracias entraba un poco la idea de la sustitución. En opinión de los fenicios los sacrificios de animales y otras ofrendas no eran mas que una sustitución insuficiente de ofrendas y sacrificios humanos, en los cuales la divinidad recibía no solamente un cuerpo sino también un alma humana. Estos sacrificios humanos eran ofrecidos por los fenicios á la divinidad cuando por ciertos indicios parecía indudable que una divinidad había decidido la ruina de una ciudad, la destrucción de sus habitantes y la perdición del país; en tales casos creían desviar la ira de la divinidad descargándola sobre unos pocos y si entre estos pocos estaban los primogénitos de las familias mas principales, las víctimas eran en cierta manera un equivalente de la colectividad, y así el rey mismo sacrificaba á su hijo primogénito ó único, como se ha hecho en tales casos. Hasta parece que las divinidades estaban tan ciegas de ira en opinión de los fenicios, que sacrificando al hijo ataviado con todos los atributos y distintivos reales del

rey su padre, la divinidad solo echaba de ver la sustitución de personas cuando su ira se veía ya satisfecha desde luego. A veces se han ofrecido individuos heroicos á aplacar con su propia vida la ira de los dioses para salvar el Estado ó la patria, como se ve en la historia de Roma, que refiere de Marco Curcio que heroicamente se precipitó en la sima que se había abierto en el Foro. Así también se refiere que Amílcar, general cartaginés é hijo de Hannon, se arrojó en las llamas del sacrificio, donde pereció, para comprar así la victoria, cuando en la batalla de Himera, en el año 480 antes de nuestra era, parecía inevitable la derrota del ejército cartaginés.

Los fenicios no solo ofrecían en sacrificio, para aumentar el valor de la ofrenda, los propios hijos, en ocasión de grandes calamidades, como epidemias, sequías prolongadas y desastres en la guerra, sino que sacrificaban también personas en ciertas fiestas anuales en honor de divinidades determinadas, por lo menos en algunos lugares. Con la idea de que lo que mas aplacaba la ira de los dioses y mas les recreaba eran los sacrificios humanos, iba unida la idea de la redención; por manera que la colectividad, sacrificando anualmente cierto número de personas, se rescataba ó redimía de las faltas, transgresiones y crímenes cometidos durante el año. También solían ofrecerse á las divinidades sacrificios humanos al acometer empresas arriesgadas ó de éxito incierto, para acallar el rencor en que casualmente pudiera haber incurrido la colectividad y para predisponer en su favor á la divinidad insondable. Así lo hacían los fenicios al fundar colonias y ciudades, y sobre todo al emprender sus campañas ó en momentos decisivos de los combates. Con esto creían haber puesto de su parte á los dioses; habiendo hecho sacrificios humanos en su honor pensaban haber conseguido las victorias, ganado las batallas y alejado los peligros. Por eso miraban como un deber el sacrificar en recompensa de la bondad inmerecida de la divinidad, multitud de prisioneros de guerra, como si aquellas divinidades les hubiesen favorecido por este interés. Después de una victoria alcanzada por los cartagineses sobre Agatocles de Siracusa, los vencedores escogieron los individuos mas hermosos entre los prisioneros, y en la misma noche entregaron este producto escogido de su victoria á una gran hoguera encendida delante de la tienda sagrada, en la cual probablemente tendrían un ídolo que la expedición llevaba consigo (1). Esta escena recuerda la descripción que hace Bernal Díaz del Castillo de la llamada «noche triste», en la cual los aztecas degollaron en honor de sus dioses, sedientos de sangre humana, á los compañeros de Cortés que habían hecho prisioneros (2).

Estas manifestaciones inhumanas del sentimiento de dependencia de poderes sobrenaturales caracterizan mejor que

(1) Véase Diodoro, XX. Hay que observar que en este como en los demás casos de ofrendas, escogían los cartagineses los individuos mas hermosos, ya para no ofrecer á la divinidad ofrendas defectuosas sino porque de paso sacrificaban también el beneficio que había de dar la venta de aquellos prisioneros.

(2) Cuando Alejandro Magno sitió á Tiro, los tiros condujeron á algunos de sus soldados hechos prisioneros sobre las murallas y á la vista del ejército enemigo los despedazaron y arrojaron los pedazos al mar. No es creíble que este acto feroz fuese inspirado solamente por el deseo de satisfacer un instinto de crueldad; porque hay la tradición de que un general cartaginés llamado Himilcar hizo arrojar al fondo del mar, antes de ponerse en camino con su escuadra, animales destinados á ser sacrificados á las divinidades marinas; por manera que es posible que los tiros en el caso citado quisieran llamar á la divinidad marítima, con el sacrificio de carne humana, al punto de su isla mas expuesto á los ataques enemigos. También es posible que estuviesen imbuidos en la idea, que todavía domina en muchos pueblos, de que el sacrificador adquiere poder sobre el alma de la víctima, la cual quiere vengarse en los enemigos del mismo sacrificador.

nada el espíritu de la religión de los fenicios, el origen y la clase de ideas que se formó aquel pueblo del carácter de aquellas divinidades mas respetadas. Para comprender estas consecuencias del culto que dieron á sus divinidades mas antiguas y principales, es necesario estudiar las circunstancias que lo produjeron, circunstancias que evidentemente no tuvieron su origen en un mundo mítico anterior á toda religión, y en el cual se hubiesen atribuido estas divinidades cualidades y actos que hubiesen inducido á los hombres á rendirles culto. Mucho mas que de los mitos de otros pueblos, se desprende de los mitos fenicios en su mayor parte, que se formaron á consecuencia de un culto ya corriente, que nacieron muchas veces solo en los lugares donde se rendía culto á una divinidad. Los comienzos de las relaciones míticas se remontan también en la religión fenicia hasta el origen del culto; pero sus divinidades no eran creaciones procedentes de descripciones míticas de fenómenos de la naturaleza, descripciones y cuentos ya enteramente populares; lo que caracteriza especialmente las divinidades fenicias es hasta una carencia sorprendente de la individualidad especial que suelen presentar otras divinidades que desde tiempo remotísimo figuraron en los mitos de otros pueblos. Las fenicias se asemejan entre sí, sin tener caracteres individuales diferentes. La causa de esto consiste en el hecho de que los fenicios formaron y desarrollaron su religión, ó mejor dicho sus ideas religiosas, partiendo del culto de unas pocas divinidades que habían adoptado en tiempo prehistórico. Cuando el pueblo fenicio pasó á la vida sedentaria existía ya en cada una de sus muchas tribus, independientes entre sí, la creencia en una multitud de séres divinos, pero siempre hubo en cada tribu una divinidad que disponía preferentemente de la suerte ó desgracia de la tribu. Esta convicción es una consecuencia de la idea de que todo lo que vive debe su creación y existencia á poderes invisibles que determinan el destino de los séres que crearon. En los tiempos primitivos, cuando los antecesores de los fenicios consideraban la posesión de rebaños como única fuente de riqueza, se originó ya en cada grupo de pastores la creencia en un sér divino, al cual se atribuía el fomento de aquella riqueza, y también el poder de disminuirla á su capricho y hasta de aniquilarla por medio de epidemias, exterminando en su consecuencia á la tribu de pastores interesada. Para evitar este peligro no se encontró mas remedio en cada grupo que convertir á aquella divinidad en divinidad del grupo ó de la tribu, entregarse completamente á ella (1), presentarle ofrendas en todas las ocasiones festivas en que se sacrificaban animales, y darle su parte correspondiente á manera de tributo, para obligarla á cuidar siempre del aumento y prosperidad de los ganados. Suponíase que la divinidad, capaz de proporcionar á la tribu los medios de subsistencia, venía por lo mismo en cierta manera á formar parte de la tribu, lo que hizo que la tribu la considerase luego como su divinidad especial, dispuesta á prestar auxilio á la tribu en todos los demás casos. Como en concepto de aquellos pueblos sencillos todo lo que tendía á la

(1) No puedo entrar aquí en la hipótesis de que el origen de las divinidades propias de tribus fuera que el fundador de la tribu recomendara á sus descendientes que hiciesen ofrendas por su alma después de muerto, prometiéndoles en cambio riquezas y auxilio en toda clase de situaciones peligrosas, especialmente contra almas de personas difuntas y de intenciones hostiles. Esta hipótesis explica, á la verdad, mejor que toda otra, muchas particularidades, y sobre todo el origen de muchos usos de culto que de otra manera no se comprenderían; pero difícilmente habrá sido esta idea la única que haya inducido á los hombres á suponer la existencia de un sér invisible que se muestre favorable á toda una tribu concediéndole gran riqueza de rebaños; y justamente había de extinguirse muy temprano esta idea, si alguna vez existió, juntamente con otras ideas, entre los cananeos especialmente.

prosperidad de los rebaños era obra de aquella divinidad, como el aumento de los ganados, el alejamiento de fieras y de epidemias y la buena calidad de los pastos, resultó que muy pronto se extendió el poder á la tal divinidad atribuido. Atendida la sencillez de las condiciones de vida de tribus pastoras, se cuidaban aquellos pueblos poco ó nada de los demás accidentes y manifestaciones de la naturaleza. Así es que los antepasados de los fenicios atribuyeron á sus dioses el poder de procurar ó negar el alimento en general, cosa en su concepto mas sencilla que el dar vida ó quitarla á séres animados; y pudiendo servirse del ardor del sol y de la fecundante lluvia para realizar sus deseos, llegaron á atribuir á las divinidades de tribu una omnipotencia ilimitada.

Cada tribu concentró, pues, en su divinidad especial toda la omnipotencia divina; pero esta divinidad solo podía servirse de su omnipotencia en beneficio ó en castigo de la tribu que la veneraba, idea con la cual no estaba reñida la de que las divinidades protectoras de otras tribus, aunque quizás menos poderosas, podían también ejercer un poder aná-



Moneda de la ciudad de Biblos  
(tamaño del original).

En el anverso hay un buque con tres guerreros y debajo de él un hipocampo alado; en el reverso, una rupicabra muerta y encima de ella un buitre.

logo, pues como existían todas las tribus, debían existir también sus divinidades. La idea de un dios omnipotente había salido de la tribu y había quedado limitada á ella, y así se explica que estas divinidades no adquirieran cualidades individuales; mas bien las perdieron al ampliarse la idea de su poder. La diferencia principal que existía entre ellas era que unas eran del género masculino y otras del género femenino; y otra idea quizá no tan antigua pero mas genuina fué que algunas de estas divinidades no eran miradas como masculinas ó femeninas sino como séres del reino animal, porque algo contribuyó á atribuir á la forma de tales divinidades la fantasía ó imaginación rudísima de los pueblos primitivos. Los restos de tales imaginaciones rudas que se encuentran en la religión de los fenicios y demás cananeos indican el dominio sobre los rebaños que en un principio se atribuía á las divinidades de las tribus. Algunas de estas tribus representaban la divinidad protectora y fomentadora de los ganados en forma de un toro, el engendrador y defensor del ganado vacuno; otras presentaban la divinidad fomentadora de la fecundidad en forma de una vaca que aumenta el ganado con su cria y da además al hombre con su leche un precioso alimento. Pero no en todos los pueblos prevaleció la idea de la omnipotencia benéfica; porque la misma divinidad que daba aumento y prosperidad á los rebaños podía abandonarlos á las fieras y epidemias, y en su ira aniquilar á los hombres y satisfacer su sed de sangre con la de estos. Bajo este punto de vista la divinidad no tenía para el hombre inerte y miserable nada de común ni con el hombre ni con el toro ó la vaca, sino que adquiría á lo mas un carácter semejante al león, el enemigo mas temible del hombre y de sus rebaños entre todas las fieras de la Siria. Así, siempre que en aquellos pueblos antiguos se quería mostrar la cualidad mortífera y destructora de la divinidad, se usaba la imagen del león, el fuerte y el devorador, como se le llama en la parábola de